

DILE A TU MAMÁ
QUE SE CALLE

PREMIO NACIONAL DE NOVELA BREVE 2013

«AMADO NERVO»

(MENCIÓN HONORÍFICA)

DILE A TU MAMÁ QUE SE CALLE

por

Agustín Fest



*F*ICTICIA

MÉXICO
2013

Premio Nacional de Novela Breve 2013 «Amado Nervo», convocado por la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN). El jurado estuvo integrado por Susana Pagano, Elizabeth Vivero y Emiliano Ruíz Parra.

Título comercial: *Dile a tu mamá que se calle*

Título original: *El monstruo*

DILE A TU MAMÁ QUE SE CALLE

D.R. © Agustín Fest

D.R. © Universidad Autónoma de Nayarit

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Edición: octubre 2013

Universidad Autónoma de Nayarit
Ciudad de la Cultura Amado Nervo
Tepic, Nayarit

Ficticia Editorial

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-033-9

Impreso y hecho en México

Laudatur primo jam prole puerpera nato.

T.H. WHITE

He who desires, but acts not, breeds pestilence.

WILLIAM BLAKE

*Pero debes aprender una cosa,
imprimirla en tu mente todavía maleable:
el hombre tiene horror a la soledad.
Y de todas las especies de soledad,
la soledad moral es la más terrible.*

BALZAC

1

Te buscan, probablemente, para matarte. Los escuchas hablar con Doña Maru, preguntan por ti una vez, dos veces; sus pasos inquietos sobre el piso. No le creen. Abren puertas, las azotan, murmuran tu nombre, tocan madera con los nudillos. Tiemblan tus rodillas, tus manos, tus dientes. Sudas. Una parte de ti, mínima, quiere confesarse. Quiere salir del muro falso con las manos en alto y la cabeza gacha. Ya que se acabe. No quieres seguir huyendo, pero ahí estás, con las manos engarrotadas, las piernas bien quietas, no te animas. Recuerdas a Erika y sus frecuentes invitaciones a saltar por el abismo.

Por una rendija de luz crees verlos: unas siluetas, cinco o seis de los ángeles, explorando cada centímetro de la habitación, cuestionando a Doña Maru, una de las pocas señoras a las que no se habían atrevido a tocar o molestar. ¿Por qué todo alrededor se hace polvo? Todo lo degeneras. No encontraste otra solución, le rogaste que te escondiera. Dijiste a Doña Maru, falsamente, que no entendías cual era el problema con los ángeles. Pueden ser muchos: te buscan por ser el profe, te buscan por ser el güerito mamón venido de la ciudad, te buscan porque ya te acusó Minerva de sobarle las nalgas. No es tu culpa, aprendiste a convencerte, es que te dejaron con el corazón roto y el sexo todavía duro, lleno, con ganas de florecer en otro vientre. En el fondo, siempre en el fondo, necesitabas saber si era posible, aunque fuera con una chamaquita. Las malditas ganas de querer y de gozar, de recuperar las risas después del buen coger. Empezaste creyendo que después del divorcio te haría bien

irte al pueblito, a dar clases, a iluminar a otros con tu propia ceguera, una ruina lamentable de vida. Llamaste a tu exjefe para pedirle el favor y te consiguió las clases de tercero de la Secundaria Federal #13. Así acabaste en San Juan de Palma. ¿Cómo ibas a saber que la Palma sería tu perdición?

Recuerdas. Quizá los recuerdos engañen a los ángeles, quizá sean tan abundantes que rompas el tiempo y ellos se olviden de ti, te abandonen, te dejen como un esqueleto escondido en el armario, una tumba apropiada para los pecadores y los olvidados. Esperas el camión en la terminal de Oriente. Miras a la gente, a los chavos con sus jeans rotos, sus playeras extra grandes y sus paliacates amarrados en la cabeza. Sonríes porque los envidias, especialmente a los jóvenes. Es lo que necesitas: sangre joven. Quieres educar, tal vez robarles su energía, su alegría. Ingenuo, imaginas que los chavitos te enseñarán que la vida no se acaba con un divorcio ocasionado por... Olvidas, no otra vez, ahora no. Miras a los chamaquitos, a las parejas que llevan a los niños en brazos. Fisgas los rostros angustiados de la gente que revisa sus boletos y sus horarios. Todos huyen. Sólo los jóvenes sonríen, entran, sin importarles los motivos del viaje, sencillamente lo hacen. Se atreven a enfrentar al monstruo. Tú no. Ya te cansaste.

El monstruo ya te masticó, te regurgitó para alimentar a sus críos. Imaginas tu semblante como el de un héroe viejo, un veterano de guerra; tu rostro lleno de cicatrices y tu pecho enrojecido por la cercanía de las bombas. No lo eres, pero así te imaginas, así bebes el café con suavidad y lentitud, con los ojos entrecerrados y gachos, el humo se encargará de completar el disfraz de falso veterano.

Revisas tus papeles una vez más: el boleto del camión, el título universitario, las cartas de referencia, el correo electrónico impreso con el programa escolar y la foto de Erika. La llevas porque deseas verla todos los días, deseas

la llegada de ese momento: un día despertarás, mirarás la impresión de ella en el papel fotográfico y le dirás que lo conseguiste, sin su ayuda, sin sus gritos y los aspavientos cada vez más frecuentes de las madrugadas, y los días, y las noches. Superarás esos momentos amargos: llevarla en brazos a la cama después de la botella de vino, después de cruzar las pastillas o de cortarse los brazos. El mal recuerdo se aferra, nostalgia corrupta, no puedes hacerlo de lado: “Esto soy yo... Soy un vientre herido, fruto de un árbol marchito”. Debiste cambiar el foco en la escalera.

Escuchas la voz en el altavoz.

“Pasajeros del camión de las nueve con dirección a San Juan de Palma, favor de abordar el camión 103 por la puerta cuatro”.

Acabas el café de un sólo trago, recoges los papeles, buscas el boleto en el bolsillo y obedeces a la voz grabada de una señorita perdida, quizá muerta desde hace quién sabe cuánto tiempo. Te diriges a la puerta en la que un hombre y una mujer de seguridad privada esperan. Habla tu exjefe justo cuando te revisan la mochila, la chamarra. Siempre tiene tino para los peores momentos, incluso ahora que ya no trabajas para él.

—¿Martín Murano? —pregunta y saluda con tu nombre completo, como es su costumbre y siempre, antes de que puedas responderle, interrumpe—. Nada más llamo para confirmar si estás en camino. Aunque no te culpo si te arrepientes, mano.

—Para nada, justo ahorita estoy subiendo al camión.

Los vigilantes te miran hartos, fastidiados. Pides disculpas, agarras tus cosas y subes apresurado al camión. Le pides permiso a una vieja morena, de cabello mal pintado, para que te deje pasar a tu asiento, del lado de la ventana. Son tres horas de viaje, no piensas dormir, quieres ver por

la ventana, quieres admirar en su gloriosa lentitud cómo dejas al monstruo atrás.

—Estás a tiempo... Me voy a mover de periódico y necesito alguien como tú, ¿sabes? No te sientas comprometido a lo de San Juan. Es un pueblucho. Con toda confianza: arrepiéntete.

—Es lo que necesito. San Juan de Palma es perfecto.

El silencio es largo, meditado. Conoces de sobra esos silencios. Por lo general son acompañados con un par de groserías, una carcajada, un chiste, pero tu jefe conoce las circunstancias.

—Cuando una vieja nos rompe, ni modo. Dale pues manito. Espero tener chamba para ti cuando acabes. No vayas a quedarte en ese pueblucho.

Cuelga. Puedes ver el rostro de Erika, frunciendo el ceño y haciendo como que dispara a su sien, cada que escucha a tu jefe hablando así de las mujeres: “La vieja que nos rompe”, “la vieja que nos trae arrastrando los dientes a la banquetta”.

—Vete con ese misógino hijo de puta —gritaba en las últimas noches—, ándale, al fin que ni te cuesta trabajo dejarme sola, huye como siempre hijo de puta, que tu pinche chile te consiga otra. ¿Eso quieres, no?

Suspiras, cierras los ojos, metes el celular al bolsillo, aprietas las manos, quieres olvidar ese rostro. Quieres olvidar el rostro de Erika pulverizado por el dolor, por aquella tragedia imparables. Tienes ganas de prender un cigarrillo pero estás en el camión. Quizá más tarde, en el baño, o quizá te acerques al chofer y le ofrezcas uno; la charla como una excusa para fumar en lugares prohibidos. Te asomas por encima del hombro para ver a la gente: una pareja joven con un niño en los brazos, un hombre robusto de sombrero y camisa cuadrada, una joven morena clara, con los audífonos puestos, mirando lacónicamente a través de la ventana,

y la vieja, quien te obsequia una sonrisa breve y regresa a su lectura parsimoniosa de una revista. Ojalá pudieras olvidar ese rostro. Te acomodas en el asiento, cierras los ojos creyendo que eso ayudará, pero obtienes la visión de sus ojos inyectados en sangre, sus labios partidos y secos, su nariz chueca por el balonazo que le dieron de niña. Sientes una mano sobre la tuya. Es una mano delgada, huesuda, es como un papel viejo, una lija gastada que interrumpe los malos recuerdos. La señora toca tu mano.

—¿Usted cree que el camión tarde mucho? —pregunta.

Volteas a mirarla. Ella mira a otro lado, tiene los ojos abiertos, gira la cabeza, está incómoda. Tuviste que tomarte un momento. Aún tenías el rostro de Erika en la cabeza cuando interrumpió los pensamientos. La señora balbucea, no le entiendes, no quieres entenderla, te sucede lo mismo con los libros escogidos para el duelo. Pones una mano encima de la suya, necesitas hacerlo para no regresar al pasado e iniciar la cantaleta íntima del dolor, la voz de Erika rompiendo todo lo demás en el presente.

—No se preocupe —susurras—. No tarda en arrancar. Sólo son tres horas y fracción. Pasarán rápido si nos ponen una película.

La vieja te mira y sonrío. Se disculpa.

—Mejor duermo. Discúlpeme. Hace mucho que no viajo. Es de muertos regresar a la Palma.

Quieres preguntarle pero ella retiró la mano. Nunca consigues preguntar. Se pierde el contacto, la soga metafísica que apenas pudo rescatarte del recuerdo. No hay salvación, Erika sigue ahí y seguirá en todo el viaje. Ya no consigues dividirlas. A tus ojos, la vieja y Erika son una misma, un mensaje o un presagio y pierdes la esperanza. No importa adónde vayas, siempre podrás verla. La vieja Erika transmuta en un cadáver, una momia relajada y paciente; el ini-

cio de su viaje a la tierra de los muertos. San Juan de Palma es un armario para esconder los esqueletos.

Escoges San Juan de Palma porque se escuchaba lejos. Sí, lejos... y una ilusión de calma se adueñó de ti cuando explicaron que sólo estaba a tres horas de la capital. Podrías regresar al monstruo a la primera debilidad. Enciendes un cigarrillo, contemplas el papelucho con el nombre y el teléfono. Antes de hacer la llamada, abres la computadora y buscas el lugar. Apenas puedes encontrarlo. Haces el recorrido virtual: lotes baldíos, maizales, calles de dos sentidos, casas construidas por la abundancia de arquitectos sin estudios, improvisados, benditos albañiles creativos sin noción de los colores y la armonía. Te preguntas como habrán llegado ahí las cámaras, como lograron depositar un lugar tan triste y tan vacío en internet.

—Todo cabe ahí —murmuras.

Cierras la ventana con el mapa para abrir otra. Buscas el perfil de Erika. Continúa cerrado, inexistente, imposible de hallar. Quizá se cambió el nombre, repites, como luego repites cuando te asomas por la ventana y fumas en las noches extendidas por la voracidad de tu memoria. Entrás al perfil de su hermano, le mandas un mensaje, una grabación que se ha repetido a diario durante el último año: ¿cómo está?

Fumas el cigarrillo, desnudo, sobre la cama hasta convertir el tiempo en cenizas. Tu cuñado tardará en responder. Cada vez tardaba más, a veces días, a veces semanas. Ojalá tomaras otra cosa que café, el tiempo dolería menos, pero el alcohol es tabú desde que fuiste testigo de cómo arruinó a Erika. Manoteas hacia el buró de plástico barato. Ahí está el libro. Cuando ella te abandonó, entregaste el tiempo a una lectura compulsiva de Proust. Pensaste, todavía piensas, que ahí puedes encontrar la respuesta, un método, un conjuro

para recuperar el tiempo, regresarlo, hacer de la memoria tu voluntad. Nada. Ni de Charlus ni Albertine ni el Narrador (quizá llamado Marcel) ofrecen luz a la cuestión de cómo recuperar a Erika, sanar la ruptura de su rostro, su cuerpo perdido y partido en dos para dar nacimiento al monstruo.

Tuviste, en la lectura, la idea correcta: no lo sabes leer. No estás preparado para leerlo porque estás destruido, desde las primeras hojas estabas llorando, limpiándote los mocos como el niño rogando por un beso de su madre antes de dormir. Lo mismo hacía Erika, no había sueño sin un previo beso, la llave para abrir las puertas al descanso, a la noche. Es ridículo, quieres convencerte, cualquier otra mujer, cualquier otro amante, te besaría antes del sueño. No es cosa de ella. Es un común denominador, algo que siempre ha existido para construir el cariño y eventualmente la agradable e inevitable rutina.

Hojeas el tercer tomo. Lees algunos subrayados en voz alta. Imaginas una pintura de Elstir combinada con otra cosa: un paisaje extenso y abandonado, lleno de maizales, de lotes baldíos, de camionetas Ford que dan las últimas para cargar los encargos de sus dueños, como mulas reacias a morir sin saber por qué. Como si la vida del equino y el eterno masticar de la pastura fueran un elogio a la inmortalidad. Masticas a Proust, lo vomitas, quieres entenderlo. Una vez compraste panquecitos con la esperanza de recordar los momentos buenos que tuviste con Erika, en los restaurantes chinos, cuando ninguno de los dos quería dormir y no se aguantaban las ganas de platicarse la rutina, como si eso los llevara algo, como si la compulsión de confesar lo cotidiano pudiera rescatarlos del mismo mal.

Escuchas el grito en la oreja, lo del vientre marchito, frutos de un árbol seco. Masticas, aprietas las manos, la ceniza del cigarrillo cae en la cama, hace otro agujero. Las grie-

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAYARIT

C.P. Juan López Salazar

Rector

Dr. Cecilio Oswaldo Flores Soto

Secretario General

M. en C. Jorge Ignacio Peña González

Secretario de Docencia

Dr. Rubén Bugarín Montoya

Secretario de Investigación y Posgrado

C.P. Marcela Luna López

Secretaria de Finanzas y Administración

M. en C. David Miguel Ángel Acosta Cruz

Secretario de Vinculación y Extensión

M. en C. Ricardo Chávez González

Secretario de Educación Media Superior

Ing. Arturo Sánchez Valdés

Secretario de Servicios Académicos

«DILE A TU MAMÁ QUE SE CALLE»
DE AGUSTÍN FEST
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OCTUBRE DE 2013
EN LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.
CERRO TRES MARÍAS No. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.
EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.